

LA TENSIÓN OCULTA EN LA METAPSIKOLOGÍA FREUDIANA COMO ÍNDICE DEL DEBATE CONTEMPORÁNEO ENTRE LOS PARADIGMAS HUMANISTA Y NATURALISTA

PEDRO JESÚS TERUEL

Doctor en Filosofía
Profesor Ayudante Doctor
Departament de Filosofia
Universitat de València
València / España
pedro.teruel@uv.es

Recibido: 11/06/2013
Aceptado: 16/09/2013

Resumen: En este artículo se parte de las nociones básicas de la metapsicología freudiana, con especial atención a la teoría de la sexualidad subyacente, para mostrar su doble recepción: la comprensión humanista y la interpretación naturalista. Se hace particular hincapié en los escritos de la década de los noventa, para mostrar cómo en ellos se halla radicada la clave explicativa que Freud desarrollará –en registros lingüísticos y bajo modalidades argumentativas diferentes– a lo largo de toda su producción. Todo ello ofrece un esbozo del debate contemporáneo entre los paradigmas humanista y naturalista en el ámbito de la antropología filosófica.

Palabras clave: Sigmund Freud, Antropología filosófica, metapsicología, naturalismo, neurofisiología, sexualidad.

THE HIDDEN CONTRAST IN FREUDIAN METAPSYCHOLOGY AS SIGN OF THE CONTEMPORARY DEBATE BETWEEN HUMANIST AND NATURALIST PARADIGMS

Abstract: In this paper we start from the basic notions of Freudian metapsychology, with special attention to the underlying theory of sexuality, to show their twofold reception: the humanist comprehension and the naturalist interpretation. Emphasis will be given to the writings of the nineties in order to demonstrate how within them lies radicated the explicative key which Freud will develop, in different linguistic registers and argumentative modalities, throughout his intellectual production. This will offer us a foreshortening of the contemporary debate between humanist and naturalist paradigms in the context of philosophical anthropology.

Keywords: Sigmund Freud, metapsychology, naturalism, neurophysiology, philosophical anthropology, sexuality.

La teoría freudiana sobre la estructura y las dinámicas de la psique se halla sujeta a dos recepciones contrapuestas que brotan de una fundamental tensión interna. Es nuestro objetivo mostrar aquí esa dialéctica. La primera lectura nos conducirá a la visión del psicoanálisis como praxis liberadora, fundamentada sobre el rescate de la libertad humana frente a los que se consideraría como intentos de intervenir biotecnológicamente en la psique; en la segunda perspectiva, la metapsicología freudiana aparecerá como descripción de la psique en una clave determinista de la que se sigue la explicación de las patologías mentales a partir de hipótesis cuantitativas que enlazan con un universo de discurso fisicoquímico y neurofisiológico. Particular hincapié haremos en los escritos de la década de los noventa, para mostrar cómo en ellos se halla radicada la clave hermenéutica que Freud desarrolló, en registros lingüísticos y bajo modalidades argumentativas diferentes, a lo largo de toda su producción. Todo ello nos ofrecerá una panorámica sobre uno de los más fascinantes debates intelectuales vigentes en nuestros días.

Con este artículo aporto mi cordial homenaje a Antonio Pintor-Ramos. Lo hago con vivo agradecimiento por su obra y por su magisterio, del que fui beneficiario en nuestra querida UPSA. Fue gracias a su apoyo y bajo su asesoramiento que publiqué, en esta revista, mi primer artículo científico. Unirme en sus páginas al tributo coral que se le rinde constituye para mí un membrete de orgullo y algo debido. Por la posibilidad de hacerlo quedo profundamente agradecido a Ana M^a Andaluz Romanillos.

1. EL PSICOANÁLISIS FREUDIANO COMO PRAXIS LIBERADORA

Para el observador atento a los debates contemporáneos, uno de los que sin duda destacan por la fiereza de las posturas que en él se oponen y por la extraordinaria profusión de sus ramificaciones –psicológicas, neurocientíficas, éticas, antropológicas– atañe a la recepción de la metapsicología freudiana. En este debate, uno de los polos se halla en la consideración del psicoanálisis como praxis liberadora.

Se trata de una postura que en gran parte recoge la inspiración originaria y el objetivo explícito de la terapia psicoanalítica. Los síntomas del individuo aquejado por una dolencia psíquica no son necesariamente, según Freud, el mero reflejo de una disfunción hereditaria o de un desajuste neurofisiológico inaccesibles a la comprensión, de modo que su único alivio hubiera de proceder del tratamiento farmacológico o quirúrgico (es decir, del abordaje científico-natural del problema). Muy al contrario, dichos síntomas constituyen el estrato visible de una concatenación de causas que se hurtan a un diagnóstico superficial pero que pueden ser desveladas si se dispone de las herramientas precisas. Dicho de otro modo: se

trata de fenómenos de un substrato que viene a ocupar un nivel causal similar al que Kant atribuye a los resortes últimos de la acción y que, a diferencia del noumeno kantiano, puede ser sacado a la luz y convertido en objeto de análisis. Entre Kant y Freud media una teoría de la voluntad que desnoumenaliza los motores de la acción (Schopenhauer) y una concepción antropológica que encaja la voluntad del individuo en la filogénesis de la especie (Darwin). La recepción de ambas operaciones por parte de Freud le llevará a plantear el abordaje de las patologías mentales en una dinámica de desvelamiento y de rescate de las raíces de lo psíquico – raíces que son filogenéticas pero también biográficas y, por lo tanto, inteligibles por medio de las herramientas de la interpretación.

El planteamiento freudiano remite pues, *prima facie* al menos, a las estrategias de las ciencias humanas (*Geisteswissenschaften*) y queda abierto a los fines de la libertad. En la raíz de la patología no ha de anidar por fuerza un *fatum* irreversible, ni tan siquiera una disfunción sorda a los requerimientos de la voluntad. Los primeros pasos originales de Freud en la psicoterapia avanzan precisamente en esta dirección. Así, tanto los sueños como los *lapsi* verbales, los actos fallidos y los mínimos resortes de lo cotidiano se convierten en índices de significaciones que pueden ser desentrañadas si se dispone de las claves precisas.

Freud afirma que dichas claves se proyectan en dos procesos mutuamente imbricados: el ontogenético y el filogenético. En la ontogénesis de la psique nada se pierde: de un modo u otro, las vivencias del pasado son mantenidas y constituyen el subsuelo sobre el que se construye la percepción del presente; de aquí brota el papel crucial de la infancia. Al mismo tiempo, la ontogénesis recapitula la filogénesis (y los mecanismos de la herencia constituyen aquí un engranaje crucial). La influencia del principio haeckeliano de recapitulación resulta omnipresente en la idea que Freud se forja sobre el desarrollo de la psique. En este sentido, la cercanía entre las fechas de publicación de *Sobre el origen de las especies* y de nacimiento de Freud (1859 y 1856, respectivamente) ofrece algo más que una curiosidad histórica: representa la cifra simbólica del engarce entre dos paradigmas llamados a complementarse recíprocamente. Freud reconocerá en las fases del desarrollo psíquico el rastro encriptado de la génesis de la especie y, de este modo, cerrará el círculo evolutivo abierto por Darwin.

En el horizonte despejado por esas claves, la infancia ocupa un lugar crucial. Es durante ese período que se organiza el aparato psíquico. Los síntomas (sobreentendiendo aquí: síntomas no neurofisiológicamente determinados) hallarán en ella la raíz de su etiología específica; la tarea del psicoanalista consistirá en descubrir el rastro que guía hacia ese origen, un rastro sepultado por la superposición de fases ontogenéticas pero aún reconocible bajo esos estratos. En todo esto desempeña un papel importante la asunción de la unidad histórica de la mente: la psique es su devenir, de manera que en ella todo lo relevante queda conservado.

En el caso de que no parezca quedar rastro del origen de los síntomas, habrá que pensar que ha sido sepultado bajo un obstáculo artificial que lo hurta a la mirada.

Aparece aquí la represión como resorte fundacional en la organización humana de lo psíquico. Se reprime todo aquello que pone en peligro la continuidad saludable de la vida mental; a través de la represión, la psique se autoafirma como ente biológico y como voluntad de poder. Puesto que se trata de un proceso auténticamente originario, no puede estar en manos de la conciencia reflexiva sino que habrá de responder a pautas enclavadas en la vida pulsional. Freud individualiza esas pautas en la conservación del equilibrio hedónico (evitación del dolor y favorecimiento del placer) o “economía libidinal”. Desde los inicios de su vida, el ser orgánico busca favorecer un placer que es polimorfo y permea todos los aspectos de su desarrollo. En este proceso será necesario apartar o reprimir todos aquellos contenidos mentales que pongan en riesgo la economía libidinal: no sólo las vivencias dolorosas, sino también los contenidos de conciencia que sean juzgados peligrosos o inadecuados. El origen de este juicio lleva a Freud a distinguir inicialmente, además de la zona inconsciente o “ello” (*Es*), reservorio de energía psíquica guiado por el principio del placer, y de la zona iluminada por la conciencia o “yo” (*Ich*), orientada al principio de realidad, una franja idealmente superior y valorativa o “superyó” (*Über-ich*).

El síntoma neurótico o psicótico se revela, en este contexto, como la emergencia de un contenido psíquico reprimido que pugna por salir a la luz. Precisamente en esto consiste la esencia de lo siniestro (*das Unheimliche*). Lo reprimido no queda eliminado, sino temporalmente oculto; sólo si halla una expresión sustitutiva adecuada perderá su potencial riesgo para la economía libidinal. Freud considera que todos y cada uno de los aspectos de la subjetividad y sus cristalizaciones objetivas constituyen ejemplos de esa transformación o sublimación, desde la creación científica y artística hasta los comportamientos solidarios y el altruismo. La no disponibilidad de dichos mecanismos o su fracaso traerá consigo el regreso del contenido reprimido –que no se halla “en su propio hogar” (*Heim*)– con su potencial riesgo.

A la luz de lo anterior se entiende porqué la curación de la psicopatología haya de ser considerada un camino. Para recomponer el equilibrio resultará necesario identificar lo reprimido y hallar la causa de su radical desubicación; recuperar el origen, tomar conciencia de él y vehicular la carga potencialmente peligrosa permitirá la liberación. Aquí subentra el trabajo del psicoanalista en orden a individualizar la urdimbre ontogenética de la psique (por medio de la interpretación de los contenidos psíquicos explicitados por el paciente a través del relato e implícitos en la libre asociación o, por ejemplo, en el sueño) y lograr encauzar lo reprimido de forma adecuada para la economía libidinal (a través del diálogo, de la toma de conciencia por parte del paciente y de la transferencia hacia el psicoterapeuta). La curación no equivaldrá a la desaparición automática

del síntoma, precisamente porque éste no es el resultado de un proceso de índole mecánica; puesto que se enraiza en la génesis biográfica del individuo, curarle de su dolencia psíquica implicará un periplo igualmente biográfico.

La metáfora del camino ha sido apreciada por una de las voces más representativas en la comprensión del psicoanálisis como praxis liberadora: Élisabeth Roudinesco. En polémica con otros pensadores franceses –como Jean-Pierre Changeaux, desde la perspectiva neurofisiológica; Michel Henry, desde el prisma fenomenológico; o, desde una oposición un tanto folletinesca, Michel Onfray–, Roudinesco ha subrayado el rol del psicoanálisis en una sociedad abocada a la depresión por dinámicas de trabajo y consumo a menudo alienantes. En este sentido, saluda la obra de Freud como una praxis liberadora:

El inconsciente freudiano se funda en una paradoja: el sujeto es libre, pero perdió el dominio de su interioridad, no es más “amo en su propia casa”, según la fórmula consagrada. Freud libera al sujeto de las diferentes alienaciones a las cuales las otras concepciones de la psicología lo vinculan. Asimismo, construye una teoría de la sexualidad muy diferente a todas las que fueron enunciadas por los científicos de fines del siglo XIX¹.

Esa “diferencia” consiste en la inversión que Freud lleva a cabo: la sexualidad no sería el reverso de una condición humana edificada de forma autónoma (y que encontraría en ella una tramoya biológica, en ocasiones embarazosa, que habría de quedar subsumida bajo los intereses de una razón sedicente ‘autónoma’) sino una auténtica infraestructura que soporta todos los niveles filo- y ontogenéticos de lo humano². En palabras de Michel Foucault,

El escándalo no reside en eso de que el amor sea de naturaleza o de origen sexual, lo que había sido dicho antes de Freud, sino en eso de que, a través del psicoanálisis, el amor, las relaciones sociales y las formas de pertenencia interhumanas aparezcan como el elemento negativo de la sexualidad en tanto ella es la positividad natural del hombre³.

En la práctica psicoanalítica se tratará, por lo tanto, de restaurar el desequilibrio libidinal perdido. Los parámetros individuales de dicha restauración

1 Élisabeth ROUDINESCO, *Pourquoi la psychanalyse?*, París, Arthème Fayard, 1999, traducción de Virginia Gallo: *¿Por qué el psicoanálisis?*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2000, p. 59.

2 Notemos que en la concepción freudiana se trata de una infraestructura, pero no la única. La sexualidad queda subsumida bajo el Eros o instinto de vida (*Lebenstrieb*), al que Freud opone la pulsión de muerte (*Todestrieb*) a partir de *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920). La interpretación de ambos y de sus recíprocas conexiones ha dado lugar a significativas divergencias en los desarrollos del psicoanálisis.

3 Michel FOUCAULT, “La recherche scientifique et la psychologie” (1957), en: *Dits et écrits*, vol. 1, París, Gallimard, 1994, pp. 153-154. Cit. en ROUDINESCO, Élisabeth, *op cit.*, p. 61.

no se hallan definidos *a priori*: cada paciente habrá de encontrar, con ayuda del psicoterapeuta, su medida específica. En algunos casos se tratará de sacar a la luz las vivencias sepultadas y vehicularlas por medio del mecanismo de transferencia; en otros, la curación pasará por permitir que emerja el deseo que había sido coartado en su raíz. Las posibilidades son múltiples y apuntan hacia una sociedad que sólo dando cabida a una sexualidad polimorfa evitará favorecer las dinámicas represivas⁴.

Lo dicho hasta aquí sugiere varios puntos de engarce entre la proyección política de la teoría freudiana de la sexualidad y las ideas de alienación social y praxis liberadora tal y como se presentan en la teoría marxista, que Freud conoció y que consideró lejana respecto de sus postulados. Él no podía suscribir la centralidad que en el marxismo posee el carácter privado de la propiedad de los medios de producción en cuanto origen de la alienación de la plusvalía, toda vez que a su juicio el origen del mal social reposaba no sólo sobre la escasez de los recursos sino también –y de modo aún más radical– en la radicación de parte de la agresividad en un instinto originariamente destructivo, el “instinto de muerte” (*Todestrieb*). No obstante, una brillante generación de intérpretes –con autores como Herbert Marcuse a la cabeza– ha llevado a cabo una síntesis entre ambos puntos de vista cuyo fundamento se halla en la interpretación del psicoanálisis como praxis liberadora. En todo ello han seguido caminos –no siempre coincidentes con la inspiración original– de gran vigencia actual⁵.

2. LA RAÍZ NEUROFISIOLÓGICA DE LA METAPSICOLOGÍA FREUDIANA

En el origen mismo del planteamiento psicoanalítico se halla una raíz que ha de ser sacada a la luz. Se trata del intento de explicar exhaustivamente los fenómenos mentales por medio de pautas fisicoquímicas. En este marco, todo lo que sucede en la psique ha de poder ser explicado en clave de carga y descarga y, por lo tanto, reducido a leyes deterministas. En el momento álgido de dicha estrategia declarará Freud que

La finalidad de este proyecto es la de estructurar una psicología que sea una ciencia natural; es decir, representar los procesos psíquicos como estados cuantitativamente

4 Sobre este punto se puede colocar un signo de interrogación. Freud sospecha que la represión no posee un origen meramente sociocultural: en la segunda nota al capítulo IV de *El malestar en la cultura* (*Das Unbehagen in der Kultur*, 1930) barunta una causa propiamente biológica, inscrita en los orígenes filogenéticos de la diferenciación sexual. Abordo de forma específica este asunto en un texto de próxima publicación.

5 César Casimiro ha abordado este punto, enlazándolo con el debate en el seno del pensamiento feminista, en el marco de nuestra investigación conjunta. Me remito a sus publicaciones al respecto.

determinados de partículas materiales especificables, dando así a estos procesos un carácter concreto e inequívoco⁶.

El fundamento de su estrategia es doble: por un lado, la reducción de las leyes de lo psíquico a leyes del movimiento; por otro, la aplicación de éstas a partículas materiales determinadas. Ambos aparecen en la introducción al *Esbozo* redactado, con la pasión febril de quien piensa atisbar la clave del problema que andaba persiguiendo, entre el 23 de septiembre y el 8 de octubre de 1895.

2.1. UBICACIÓN ESTRUCTURAL DEL *ESBOZO*

Por lo que respecta a las leyes del movimiento, Freud se sirve en primer lugar del principio de inercia, aplicado a la dinámica de la psique para designar la tendencia a reducir o eliminar toda tensión por medio de la descarga de la energía psíquica. Un año antes había afirmado que la etiología de la histeria residiría en la no “conversión” de las representaciones intolerables, en la ausencia de “transformación de su magnitud de estímulo en excitaciones somáticas”⁷. Idéntica idea quedó expuesta en 1893 en los trabajos preparatorios de la conferencia “El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos”. Se indicaba ahí que la curación de los síntomas podía ser lograda gracias al desvelamiento de los contenidos psíquicos cuya descarga había sido coartada y del afecto concomitante, seguido por su eliminación. Y es que

El sistema nervioso tiene la tendencia de mantener constante, en sus condiciones funcionales, algo que cabe denominar “suma de excitación”. Procura mantener esta precondition de la salud, resolviendo asociativamente todo incremento sensorial de la excitación o descargándolo por medio de una reacción motriz apropiada⁸.

El síntoma neurótico procederá de la coacción de la adecuada descarga de la energía psíquica, almacenada en lo que Janet denominara ‘conciencia disociada’; en este contexto, Freud habla por primera vez de ‘censura’ y ‘resistencia’.

6 Sigmund FREUD, *Entwurf einer Psychologie* (1895, publicado en 1950), traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres: *Proyecto de una psicología para neurólogos*, en *Obras completas*, vol. I, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, p. 211.

7 Cfr. Sigmund FREUD, “Las neuropsicosis de defensa”, *Neurol. Zbl.*, 13, 10 (1894) 362-364; 13, 11 (1894) 402-409, traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres, en *Obras completas*, vol. I, op. cit., p. 171.

8 Cfr. Sigmund FREUD, *Studien über Hysterie*, en colaboración con J. Breuer (1895); la cita proviene de los trabajos preparatorios (1893), traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres: *Estudios sobre la histeria. Aportaciones a la comunicación preliminar*, en *Obras completas*, vol. I, op. cit., p. 53.

Estos principios dinámicos se materializan en estructuras definidas: las neuronas y sus barreras de contacto. Recogiendo investigaciones de Golgi, Ramón y Cajal y otros autores, Freud aborda en el *Esbozo* el diseño funcional de la neurona y aventura varias hipótesis que tendrán diferente suerte. Entre ellas, la de que el aumento de la magnitud del estímulo exterior y su período, más allá de cierto umbral, incide en la progresiva permeabilidad de la neurona (“facilitación”). Se trata de una analogía con la ley de Fechner, que establece la relación matemática entre la magnitud objetiva de la estimulación y la percepción subjetiva de la sensación; por medio de ella, el físico alemán precisaba el algoritmo que permitía calcular un factor que ya había sido puesto de relieve por el fisiólogo Ernst Heinrich Weber en 1834. De hecho, Gustav Theodor Fechner se había convertido en inspirador de una síntesis psicofísica enormemente influyente en los umbrales de la psicología experimental. Sería la Universidad de Leipzig la que hospedaría no sólo a Weber y Fechner sino también el laboratorio de psicología experimental de Wilhelm Wundt.

Freud estaba aplicando aquí el principio de Weber-Fechner a lo que más tarde se denominaría ‘sinapsis’ neuronal⁹. Esos presagios –no confirmados hasta los estudios de Hodgkin y Katz a mediados del siglo XX– se mezclan en el *Esbozo* con tesis altamente especulativas. Entre ellas destaca la distinción de tres sistemas neuronales: sistema ϕ (permeable a los estímulos externos), sistema ψ (sede de la memoria, con grados de facilitación hacia ϕ) y sistema *W* (*Wahrnehmung*, sólo permeable hacia ψ , sede de la conversión de las cantidades en cualidades)¹⁰. La explicación del sistema neuronal en clave de carga y descarga queda enmarcada en un contexto biológico-evolutivo que justifica sus progresivas especificaciones: “El sistema neuronal tuvo, desde un principio, dos funciones: recibir estímulos del exterior y descargar las excitaciones de origen endógeno”¹¹.

El autor no abandonaría ya esta concepción del sistema neuronal. De hecho, sobre ella reposa la noción de equilibrio psíquico traducida como ‘economía libidinal’: el juego entre dolor y placer se debe precisamente a la superación del umbral de carga y a la correspondiente y adecuada descarga.

Y, sin embargo, Freud se distanció de las pretensiones expresadas en el *Esbozo*.

9 De hecho, el proceso por el cual se produce la génesis de los potenciales de acción se asemeja a una dinámica de carga y descarga. La pérdida de equilibrio entre las cantidades relativas de iones de sodio (Na^+) y potasio (K^+) a un lado y otro de la membrana celular produce, por encima de cierto umbral, la generación de un potencial de acción; se causa así una cascada de reacciones eléctrico-químicas en la hendidura sináptica, que se propaga a lo largo del axón y permite la restauración del equilibrio (polarización sináptica). La magnitud y período del estímulo inciden en lo que hoy se denomina ‘facilitación posttetánica’ de la respuesta postsináptica.

10 Freud emplea también para dicho tercer sistema la letra griega ω , con la presumible intención de homogeneizar la nomenclatura.

11 FREUD, Sigmund, *Entwurf*, op. cit., p. 218.

2.2. SENTIDO DEL CAMBIO DE RUMBO

Tan solo algunos días después de enviar el *Esbozo* a Wilhelm Fliess, Freud se hubo maravillado de su propio atrevimiento: “Ya no acierto a comprender mi estado de ánimo cuando me hallaba dedicado a incubar la psicología”¹². En su *Metapsicología* (1915) levantaría acta del fracaso del proyecto localizacionista, es decir, de la búsqueda de una sede neuronal para cada actividad mental; esa cartografía detallada quedaba fuera del alcance del investigador. Varios autores han atisbado en esta constatación el motivo del abandono del paradigma contenido en el escrito de 1895¹³. Otros lo han visto en la toma de conciencia de que resultaba preciso un paradigma más adecuado a los fines de la libertad¹⁴.

A mi modo de ver, la causa no reside ahí. Cuando redactó el *Esbozo*, Freud era ya consciente del salto de cualidad que se produce entre los procesos físico-químicos y las vivencias subjetivas. Se había referido a este asunto al afrontar el fenómeno de la consciencia: “Es imposible”, escribía en el octavo párrafo, “tratar de explicar por qué los procesos excitativos de las neuronas perceptivas (ω N) traen aparejada la consciencia”¹⁵. La traducción de lo cuantitativo en cualitativo constituye, simplemente, un hecho: podemos constatar las correspondencias neurofisiológicas subyacentes, pero no explicar el salto cualitativo. Pretenderlo –diríamos nosotros– caería fuera del alcance de la reducción fiscalista propia de la psicología.

Me parece hermenéuticamente fecundo reparar en las dinámicas puestas de relieve por Freud en el texto. Refiriéndose a la descarga de las representaciones intolerables, apunta que ese proceso implica una cierta dirección:

La descarga se realiza, como toda otra descarga, en la dirección de la motilidad, debiéndose recordar aquí que la conversión motriz entraña, evidentemente, la pérdida de toda característica cualitativa, de toda peculiaridad periódica. La repleción de las neuronas perceptivas con cantidad sólo puede hacerse desde θ , puesto que no estamos dispuestos a admitir ninguna conexión directa de este tercer sistema [se refiere a W] con ϕ ¹⁶.

12 Carta del 29/11/1895, cit. en *ibid.*, p. 209.

13 Así sucede, por ejemplo, con el introductor a la edición canónica del *Esbozo*. Para una panorámica sobre la recepción del *Entwurf*, véase: Frank J. SULLOWAY, *Freud, Biologist of the Mind: Beyond the Psychoanalytic Legend* (Nueva York, Basic Books, 1979, 1983²).

14 Es el caso de Élisabeth Roudinesco (v., por ejemplo, *op. cit.*), Henri F. Ellenberger (*Histoire de la découverte de l'inconscient*, 1970; París, Fayard, 1994³) o Michel Jouvet (*Le Sommeil et le rêve*, París, Odile Jacob, 1992).

15 FREUD, Sigmund, *Entwurf*, *op. cit.*, p. 224.

16 *Ibid.*

Una vez que la sobrecarga ha quedado cifrada en estados mentales (desasosiego, ansia, obsesión, etc.) con sus correspondientes síntomas (fisiológicos: sudor, tics, adormecimiento de miembros, etc. o comportamentales: irritación, *lapsi*, actos fallidos...) no es posible actuar sobre el sistema W desde ϕ . Dicho de modo no freudiano: el sistema ha adquirido autonomía representativa. Está claro que se puede interferir en esa dinámica a través de medios externos, como la farmacopea; ahora bien, se trataría de una intervención ajena a la dinámica de la patología y desproporcionada (como si se inmovilizase al paciente con una camisa de fuerza: se pondría en sordina algunos de sus síntomas, pero sin atajar las causas).

Freud comprendió que para intervenir eficaz y proporcionadamente en el universo de representaciones intolerables era preciso adentrarse por su camino, a saber, recorrer la vía de los procesos psíquicos (sistema θ) empleando los resortes de la transmisión facilitada: memoria y asociación. A la luz de este planteamiento se entiende el giro cristalizado en la praxis psicoanalítica. Es este viraje el que ha cosechado la adhesión de los intérpretes que ven en el psicoanálisis una praxis liberadora: se trataría de rescatar lo específicamente humano.

Sin embargo, este giro afecta a la vía del abordaje y no a la concepción estructural. Freud no renuncia a la versión naturalista de lo psíquico en nombre de una subjetividad reconquistada desde condiciones de posibilidad no deterministas; lo que su excavación de los estratos psíquicos desvela es una dinámica fisicoquímicamente determinada. La mediación psíquica de esa dinámica le lleva a reconocer que el objeto de intervención ha de ser el universo de representaciones intolerables y que sólo por medio de los resortes correspondientes (los relacionados con el sistema θ) se podrá aspirar a un tratamiento adecuado. Se modifica, pues, el método, el lenguaje y el nivel de discurso; el fundamento teórico permanece.

De hecho, las nociones del *Esbozo* reaparecerán –como hace lo reprimido– a lo largo de la producción posterior. Los términos en los que Freud concibe el placer, el dolor y la felicidad lo confirman. Así, por ejemplo, cuando se refiera a la concepción del placer y del dolor lo hará en términos análogos a los de la ley de Weber-Fechner relacionándolos, respectivamente, con la tendencia del sistema psíquico a la estabilidad o eliminación de la carga psicofísica y con la noción de sobrepasamiento de la suma de excitación¹⁷. A pesar de la diferencia de nivel entre lo físicoquímico y lo mental, aún mucho después del *Esbozo* reconocerá a Jones su convicción de que sólo el abordaje bioquímico y farmacológico ofre-

17 Cfr., por ejemplo, Sigmund FREUD, *Jenseits des Lustprinzips* (1920), traducción de Luis López Ballesteros y de Torres: *Más allá del principio del placer*, en *Obras completas*, vol. VII, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, p. 2508.

cería un horizonte plenamente adecuado a las neurosis.¹⁸ En su penúltima obra, Freud afirmará que la felicidad no es otra cosa que la satisfacción de necesidades previamente acumuladas (*aufgestauter Bedürfnisse*) y, por tanto, no admite más que apariciones episódicas. Para referirse a esta “acumulación” empleará un verbo muy significativo¹⁹. El alemán *aufstauen* se aplica, por ejemplo, a un volumen de agua que se puede ‘embalsar’, ‘contener’ o ‘acumular’, de igual modo que un contenido mental intolerable puede ser ‘reprimido’ o ‘censurado’. La metáfora hidráulica y la clave metapsicológica vienen a coincidir en lo esencial: acumulación y censura encuentran su desenlace en la descarga, único horizonte felicitario posible²⁰. Hemos de ocuparnos ahora del sentido último de esta pista interpretativa.

3. EL CARÁCTER TRÁGICO DE LA METAPSICOLOGÍA FREUDIANA

La comparecencia del mito de Edipo en la metapsicología freudiana se muestra, a la luz de lo anterior, doblemente significativa. Las vicisitudes del hijo de Yocasta no sólo representan la dinámica ontogenética de la psique y el despliegue originario de su desencadenante sexual –pautas que Freud proyectará sobre la historia de los grupos humanos (de la horda primitiva al asesinato del padre y las distintas modalidades de organización subsiguientes)– sino que se convierten en la cifra simbólica de la existencia humana.

Edipo no tenía elección. Cualquier camino que hubiera tomado le hubiese conducido irremisiblemente a la encrucijada donde había de asesinar al padre y al lecho donde había de yacer con la madre. En el relato esa necesidad se exhibe en su carácter de profecía, reveladora del *fatum* que en el cosmos todo lo rige; en la metapsicología freudiana, su fuente se halla en el origen de toda determinación, a saber, en la estructura fisicoquímica de lo humano –en la que todo contenido psíquico, toda descarga y satisfacción, toda represión y dolor hallan su fundamento último y el presagio de su destino–.

18 Ernest JONES, *The Life and Work of Sigmund Freud* (1953), edición de Lionel Trilling y Steve Marcus, Nueva York, Basic Books, 1961, traducción de Mario Carlisky y José Cano: *Vida y obra de Sigmund Freud*, Barcelona, Anagrama, 2003, p. 232.

19 Sigmund FREUD, *Das Unbehagen in der Kultur* (1930¹, edición corregida y aumentada en 1931), en *Studienausgabe*, edición de Alexander Mitscherlich, Angela Richards, James Strachey et al., vol. IX, Fráncfort del Meno, Fischer Verlag, 1974¹, 1994⁷, p. 208.

20 Debo a Higinio Marín el haber hallado esta pista semántica en el marco de los seminarios de investigación del Círculo de Elche.

La identificación del freudismo con una praxis liberadora tiene, ciertamente, argumentos a su favor. Frente al desajuste patológico, el psicoanálisis no ve en la intervención externa (por medio de la cirugía o del fármaco) la panacea curativa, sino que apela a la reconstrucción del sujeto por medio de un camino basado en la palabra, la indagación en la propia biografía y el nexo entre paciente y psicoanalista. Estas herramientas remiten a una cosmovisión radicada en la libertad y subrayan la inspiración humanista de Freud. En palabras de Roudinesco,

La teoría freudiana es la heredera del romanticismo y de una filosofía de la libertad crítica que proviene de Kant y de la Ilustración. Porque es la única –y se opone en esto también a todas las que provienen de la fisiología (inconsciente cerebral), de la biología (inconsciente hereditario) y de la psicología (automatismo mental)– en instaurar la primacía de un sujeto habitado por la *conciencia de su propio inconsciente*, o incluso por la *conciencia de su propia expropiación*. Dicho de otra manera, el sujeto freudiano sólo es posible porque piensa la existencia de su inconsciente (...) porque acepta el desafío de esta libertad apremiante y porque reconstruye su significación. Así, el psicoanálisis es la única doctrina psicológica de fines del siglo XIX que asoció una filosofía de la libertad a una teoría del psiquismo²¹.

A mi juicio, la autora corre el riesgo de confundir las herramientas de la terapia freudiana con las claves especulativas que proporcionan unidad al sistema. De hecho, Roudinesco da muestras de ser consciente de la tendencia materialista de Freud cuando afirma que tras desesperar del intento expuesto en el *Esbozo* “estuvo siempre obsesionado (...) por la tentación de una “naturalización” de la ciencia del psiquismo. También el *Proyecto...* siguió siendo una especie de fantasma invisible, que atravesaba sin cesar todos sus escritos”²².

La obra de Freud es un discurso de metáforas diferenciadas pero equivalentes. La metáfora fisicoquímica traduce sus conceptos básicos en el lenguaje neurofisiológico de la carga y la descarga, en redes neuronales cuya comunicación encaja en la ley de proporcionalidad entre estímulo y sensación y responde a equilibrios que posibilitan su desarrollo óptimo; la metáfora psicológica, por su parte, introduce conceptos mentales que reflejan la elaboración de esos mismos procesos en un nivel de conciencia superior, aquí ‘representación intolerable’, ‘economía libidinal’, ‘dolor’, ‘censura’, ‘represión’, ‘inconsciente’, ‘conversión’ o ‘transferencia’ y las correspondientes tópicas. Se trata, sí, de niveles diferentes; ahora bien, las claves básicas de explicación quedan suministradas por el primero. El propio Freud alude al carácter “figurado” de ambos lenguajes, que en realidad se refieren a lo mismo²³.

21 ROUDINESCO, Élisabeth, *op. cit.*, pp. 57-58.

22 *Ibid.*, p. 57.

23 Cfr. FREUD, Sigmund, *Jenseits des Lustprinzips*, *op. cit.*, p. 2539.

Es cierto que gracias a la labor terapéutica el individuo puede iniciar un camino interior de liberación y eliminar la dinámica afectiva asociada a la representación intolerable reprimida. El resorte consistirá en abrir las compuertas, en aprovechar el mecanismo de carga y descarga a favor del sujeto sufriente. No obstante, ante la ausencia de una teoría de la libertad la psique sigue siendo concebida como una estructura neurofisiológicamente determinada, lo cual coloca en aprietos la posibilidad de una libertad concebida en sentido fuerte (como capacidad de autoposición racional de la voluntad). Las pretendidas cristalizaciones de esa voluntad autodeterminada –entre ellas, el ejemplo sublime del altruismo– no constituyen, para Freud, más que sublimaciones de la economía libidinal que busca su diversificación para reducir el riesgo; tal pretendida libertad sería impostora, puesto que encubriría la búsqueda de la satisfacción ocultándola bajo los ropajes de una intención diferente.

La única modalidad de la libertad practicable en el esquema freudiano, la única que conduce más allá de los límites de la sublimación impostora, consiste en enfrentarse a los propios demonios: a la patologización de la vida mental como consecuencia del desequilibrio en la economía de la libido. La libertad viene a ser equiparada así a la autoconciencia y a la restitución de sus condiciones (físicoquímicas) originales; su máxima realización consistiría en descubrir los fallos internos e implementar la solución, algo no ajeno a la forma de autoconciencia de un ejemplar avanzado de inteligencia artificial. Esa noción de libertad se haría acreedora de la crítica spinoziana: “Los hombres creen ser libres, puesto que son conscientes de sus voliciones y de su apetito, pero no piensan, ni en sueños, qué causas los disponen a apetecer y querer”²⁴.

Haciendo de la existencia una cuestión económico-libidinal (un proceso de determinación con arreglo a la legalidad físicoquímica) se manda fuera de campo la posibilidad de ir más allá. Ahora bien, ese “ir más allá” –a saber: autodeterminarse con arreglo a una legalidad racionalmente establecida– forma parte de la libertad. El sujeto freudiano parece preso del marco determinista propio de la ciencia natural: una tramoya del pensamiento que acompañaría a Freud hasta sus últimos escritos.

* * *

24 Baruch SPINOZA, *Ethica, ordine geometrico demonstrata* (1663-1675, publicada póstuma), traducción de Oscar Cohan realizada a partir del texto latino publicado en las obras completas editadas por Van Vloten y Land (La Haya, 1914): *Ética demostrada según el orden geométrico*, Madrid, Gredos, 2011, p. 38.

Pero quizá haya algo más. Quizá la libertad emerja –a pesar de todo– en la trama misma de su negación. Y quizá esa emergencia se deje barruntar *de facto* en la estructura de la relación psicoterapéutica.

En la intención del paciente y en la del psicoanalista se actualiza una búsqueda de lo mejor, de lo bueno y por venir, a través de la cual se trasluce la presencia de una subjetividad que rechaza la determinación y se abre a una legalidad radicalmente diferente. La ética –y, con ella, el horizonte de las aspiraciones enraizadas en la libertad– aparecería aquí no ya como sublimación de una economía infraestructural sino como auténtico motor que elevaría al ser humano por encima de sus condicionamientos. En la conexión entre autoconciencia cognitiva y conciencia moral residiría el núcleo, ahora íntegro, de las condiciones de posibilidad de la subjetividad humana y de una libertad entendida como autoposición racional.

Seguir esta pista excede los límites del presente escrito. Nos llevaría por los pagos de esa forma de realidad –hondamente comprendida por Pintor-Ramos junto con Zubiri– que sólo puede ser lo que es mediante un proceso de personalización. Bástenos con dejar señalado este camino. Ahondar en la posibilidad de abrirse a la estatura propia de lo humano, barruntada a través de la esperanza, permitiría rebasar el ámbito de la metapsicología freudiana para enlazarla con otros horizontes²⁵.

25 Esta contribución se enmarca en la primera línea activa en el grupo de investigación sobre Antropología Filosófica Contemporánea creado en 2012 en la Universidad CEU Cardenal Herrera: “La redefinición de la antropología filosófica a la luz del debate sobre identidad, sexualidad y deseo: la tensión contemporánea entre humanismo y naturalismo y su encrucijada freudiana”, financiado por el Instituto de Disciplinas Económicas, Ambientales y Sociales (PRCEU-IDEAS-UCH08/11). Agradezco a Linda Palfreeman su diligente colaboración.